

G.—Así lo hago en cuanto me es posible, aunque humilde y pecador. Por lo mismo al despedirme de mis amigos los diablos, me introduje entre los operistas y cantamos todos la sublime plegaria del *Moises* :

De tu estrellado sólio,  
Señor, vuelve á mirarnos:  
Piedad ten de tus hijos,  
De tu pueblo piedad.

Si á tu querer son prontos  
Elementos y esferas,  
Tu fausta senda enseña  
Al vago incierto pié.

Piadoso Dios, socorro,  
Vivimos solo en tí.

A mi pecho doliente  
Desciende, Dios clemente,  
Y antídoto suave  
De paz tu amor me dé.

Nuestro pecho no teme,  
Confórtalo tú, pues.

De tu estrellado sólio,  
Señor, vuelve á mirarnos:  
Piedad ten de tus hijos,  
De tu pueblo piedad.



## EL GALLO PITAGÓRICO.

---

Pasó el tiempo de San Pedro,  
Gallo, y así  
Véte á otra parte, allí canta  
*Qui-qui-ri-qui.*

---

I.

Loco, dejando la modesta estaca,  
Quiso cantar valiente, y abrió el pico,  
Y robando sus gracias al perico,  
Como empleado con hambre así charló.

Sublevando atrevido la gallera,  
Su estandarte satírico enarbola;  
Hoy le restan dos plumas en la cola;  
Del seno del *infierno* así salió.

¡ Por qué afilas la impávida navaja  
Contra abusos durables como el cedro?  
Tú te sueñas el gallo de San Pedro,  
¡ Ay! y á pocos despierta tu cantar.

Tu pico mústio está, gacha la cresta,  
Tu cuello bajo, romo de espolones,  
Esqueleto viviente, no blasones  
De ánimo recto y de valor marcial.

Mas si quieres así cantar con brio,  
Tornando el pico delatora trompa,  
Tu voz estrepitosa el aire rompa,  
Y clama sin cesar, *qui-qui-ri-qui.*

Plaza, plaza, que el Gallo ya aletea,  
Mira en su derredor, esponja el buche;  
Su pico de verdades será estuche,  
Compuestas esta vez en *do-re-mi.*

II.

Yo te pondré la navaja,  
Gallo, y aquí,  
Respóndeme sin miedo,  
*Qui-qui-ri-qui.*

Yo digo, Gallo, que á Pedro  
No le basta un Potosí  
Para saciar la codicia  
Que lo tiene sin vivir;  
Que dirá que vivan todos,  
El liberal y el servil;  
Que tiene el rostro de santo,

Pero el alma de Caín;  
Que mientras otros se matan  
En la furibunda lid,  
Él contará sus talegas,  
Gallo, tomin á tomin:  
Y del retirado al lloro,  
Y de la viuda al gemir,  
Él dirá: ¿ Gloria? De ustedes,  
Que la patria es para mí.  
Tú no lo permitas, Gallo,  
Cántale.... *qui-qui-ri-qui.*

Si ves uno que se opone  
Al sistema del país,  
Que tiene á todos absortos  
Con su furia en el decir,  
E indagas en lo secreto  
Que viene aquel frenesí  
Porque no logró un empleo  
Para cierto galopin  
Hermano de una muchacha  
Que no era grano de anís,  
O porque con sus usuras  
No quisieron transigir,  
Dile: ¿ Patriota? No pega,  
Y.... canta.... *qui-qui-ri-qui.*

Si ves á otro del que manda  
Blasfemar y maldecir,  
Y sabes que es destituido  
Del empleo de á tres mil,  
Por sus dares y tomares,

Por sus tratos.... es decir,  
Por ciertas condescendencias  
Con los comerciantes.... y....  
Porque de la caja huyeron,  
Del cuerpo.... pues, así, así,  
Como infames desertores  
Los quinientos y los mil;  
Porque el *forrage* en sus manos  
En copa y en basto ruin  
Se tornó: Gallo, por vida  
De San Justo y San Quintin  
Descárgale un picotazo,  
Y dile.... *qui-qui-ri-qui.*

Si dicen: ¡Viva la patria!  
¡Viva! ¡vencer ó morir!  
Pero yo seré ministro;  
Tú, gobierna el Potosí,  
¡Será muy buen tesorero  
Mi cuñado D. Martin!  
Órden.... otro órden de cosas;  
Si yo no soy nada así.—  
Federacion; mas yo mando.  
—Centralismo; pero al fin  
Yo reparto.—Me es lo mismo  
Trabajar aquí ó allí.  
Gallo, apacigua esa gresca;  
Cántales.... *qui-qui-ri-qui.*

Si oyes decir, va bien todo,  
Y calculan para sí:  
“¡Seré tonto! ¡Y es posible

El que puedan mejor ir,  
Teniendo por una parte  
Un sueldo de siete mil,  
Por otra, créditos viejos  
Que me pagan por Tepic,  
Por otra, quince entenados  
Con auccion á revivir,  
Por otra, ciertos proyectos  
Que arderán en un candil!”  
Maldito.... calla.... ¡ó buen Gallo!  
Zas, Gallo.... *qui-qui-ri-qui.*

Si escuchas un diputado  
Que ayer opinaba así,  
Que ya hoy está convertido,  
Con franqueza (aunque decir  
Puede alguno que le dieron  
Desde las dietas de Abril,  
Y esa es la grande palanca  
De su conciencia cerril),  
Gallito, no lo toleres;  
Cuando al votar diga, sí,  
Tú, dile: yo te conozco....  
Modesto.... *qui-qui-ri-qui.*

Si ves otro diputado  
Tieso como un maniquí,  
Renegado de su bando  
Reclutado, y *otra sí,*  
Apóstata en su creencia  
Que siempre fué de servil,  
Porque tuvo un desengaño

En la sala *carmesi*,  
Aunque era él que le llevaba  
Al que mandaba el cojin,  
Porque dijo: "Ya ocuparon  
Lo que me convino á mí,  
Y vendrá tiempo, y entonces,  
*Solfa, solfa, sol, fa, mi;*  
Dale un aletazo, Gallo,  
Y entona.... *qui-qui-ri-qui.*

Si miras un personaje,  
Sin saber leer ni escribir,  
Tan déspota en su oficina  
Como si fuera un Cadí,  
Altanero, maltratando  
Al doliente, al infeliz,  
Y humillarse ante los grandes,  
Y volverse su hazme-reír,  
Y todo llevarlo á chanza  
Por no perder los tres mil,  
Sáltale á las barbas, Gallo,  
Y canta.... *qui-qui-ri-qui.*

Si miras un periodista  
En su folleto escribir:  
Todos son héroes sublimes,  
Nadie debe decir chist,  
Pero si alguno le llega  
Severo á reconvenir,  
Dice: "Es verdad que así escribo,  
La suscripcion sube así:  
Son del gobierno mis manos,

Yo tengo eso de servil;  
Mi corazon es patriota,  
Mi cerebro es un matiz."  
Y se divide en fracciones  
Como cuenta de partir,  
De corazon y cabeza,  
Y mano y piés, y en un tris  
El bribon se menudea  
Como pieza de cotin,  
Sóplale un sopapo, Gallo,  
Y dile.... *qui-qui-ri-qui.*

Y si ves que otros patriotas  
Cuando se toca en el *quid*  
Nos vienen con la *prudencia*  
Y leccion de buen vivir,  
Y encabezan sus escritos,  
No me dejarán mentir,  
Con *reglas de buen gobierno*,  
*Aduladores*, y así,  
Con impavidez pasean  
Por Cartago y Austerlitz,  
Con pláticas doctrinales  
Y epígrafes en latin,  
Poniendo *in pectore* á todos  
Como hojas de peregil:  
Gallo, la justicia es recta,  
Cántales.... *qui-qui-ri-qui.*

¡Y porque es *Fidel* tu amigo,  
Y el *Otro* del folletin,  
Solo cosas de compadres

Les tienes de descubrir?  
Dile al primero que estudie  
Las costumbres del país,  
Que no en el *pulque* y el *mole*,  
Y en pintar un malandrín  
De ganzúa y *calzoneras*,  
Convertido en jorgolin,  
Ni en la alegre *jaranita*  
Y el risueño bandolín  
Está encerrada la ciencia  
De *Mesonero* y de *Jouy*;  
Dile muchas cosas, Gallo,  
Cántale.... *qui-qui-ri-qui*.

Y á la madre mogigata  
Que no sabe ni reír,  
Que asiste á los jubileos  
Con un santísimo fin,  
Y en la noche en el *jaleo*  
Del teatro ve lucir  
Con provecho de sus hijas  
Y un ejemplo.... muy feliz,  
Mil ademanes que sacan  
Á su megilla el carmin:  
Gallo, dile: *no te absolvo*:  
Cántale.... *qui-qui-ri-qui*.

Si miras una cotorra  
De esas que se untan carmin,  
De esas que pintan sus cejas  
Con el polvo del marfil,  
Que abultan su *antecedente*

Con bretañas y con brin,  
Creuyendo á un triste romántico,  
Cuasi pimpollo infantil,  
Que solo acepta sus prendas  
Por no dar en que decir,  
Y la pierden en dos treguas  
(Y bien sea si es así)  
Y luego escuchan incautas  
Decirles: Mi serafín,  
Dame tu sí; aunque al decirlo  
Por la lisura infeliz  
De la enca, con sorpresa  
Escuche que dice *chi*;  
Gallo, mira, te lo ruego,  
Cántales.... *qui-qui-ri-qui*.

Si adviertes un *veterano*,  
Que en México hay mas de mil,  
Que creen que son ilustrados  
Porque arman un San Quintín,  
Chistosos dentro del templo:  
Porque á una dama al salir  
Del teatro, dizque vieron  
Que era su atadero gris,  
Y maldicen á sus padres  
Valentones, y en un tris  
Se iban á dar de estocadas;  
Pero no dió el esmeril  
Fuego, y por tanto, se fueron....  
Á devorar un pernil.  
Que dizque les dió la esposa  
Del pobre de D. Crispín

Un cadejo de su pelo  
Que es lacio como una crin,  
Que cambiaron con aquella  
Un esclente rubí  
Que les dió cierta muchacha  
Tras un dichoso deslíz....  
Que si de Dios la campana  
Oyen con grave tin tin,  
Se hundén el alto sombrero  
Y votan, y que.... por fin....  
Cual nadie merecen, Gallo,  
Tu ronco *qui-qui-ri-quí*.

III.

En fin, de la canalla que se llama  
Prole de Adán, crítica y zurra y zurra;  
Y no temas que México se aburra,  
Que esta es patria de paz, de paz de Dios.

Y alisará tu pluma el gobernante;  
Hoy ves que el vulgo con fervor te ensalza,  
Y ves que si te ponen una calza,  
Pierdes las plumas, pero no el valor.

El cuello largo y abatido el pico,  
*El Gallo Pitagórico* aletea,  
Si saliere con mal de la pelea,  
El epitafio compondrá Fidel:  
"Murio en la liza," escribirá, "y en ella  
Dejó la última pluma y el aliento;  
De la gallera lustre y ornamento,  
Clavó el pico por fin; mas cantó bien."

FIDEL.



## EL GALLO PITAGORICO.

Juicio criminal celebrado ante los jueces  
Minos, Eaco y Radamanto.

ARTICULO INEDITO.—DICIEMBRE DE 1841.

### Diálogo entre Erasmo Lujan y el Gallo.

E.—¡Gracias á Dios que te veo, amigo Gallo! ¡Con qué cuidado me tenias! Como hace tanto tiempo que no te oigo cantar, sospechaba que estuvieras entonando algunas lamentaciones en Perote, ó Acapulco.

G.—¡Bendito sea Dios que hasta ahora no me he visto obligado á cantar en tono *menor* con *pizzicatos* y *sordinas*; sino en tono *mayor* y siempre *forte*.

E.—Pues ¿por qué has estado tantos dias sin abrir el pico?

G.—Porque estaba pendiente del fin de un pleito que se ventilaba ante los supremos é inescorables jueces Minos, Eaco y Radamanto.

E.—Y ¿á qué muertos juzgaban esos jueces?

G.—A ningunos, sino á individuos tan *vivitos* como tu y yo.

E.—Pero ¿cómo puede ser eso, cuando su empleo es el de juzgar á los muertos y no á los vivos?

G.—Porque tambien hay muertos vivos. ¿No te acuerdas de que en el colegio, cuando estudiabas para abogado, aprendiste que habia muerte natural y civil?

E.—Sí: muy bien me acuerdo.

G.—Pues de estos muertos civiles se trata, y no de los naturales.

E.—Yo creía que solamente sobre estos, y no sobre aquellos tenian jurisdiccion los mencionados jueces.

G.—Así era en los tiempos antiguos segun la mitología de los gentiles; pero ahora van las cosas de otro modo. Y no sé como te admiras de eso, cuando los hombres y las mugeres adelantan á otros y otras la edad, las enfermedades y la falta de fuerzas, dando todo esto por cierto, aunque realmente no haya pasado.

E.—No te entiendo; explícate con claridad.

G.—Lo haré por servirte. Bien habrás notado en el mundo, y aun sin salir de tu República, que algunos gobiernos declaran cesante, ó jubilado, por enfermo, viejo ó cansado á un hombre sano, robusto, y que acaso se hallaba precisamente en el estado en que por sus conocimientos y lo maduro de su edad, podia continuar desempeñando con utilidad de la nacion, un empleo en que habia servido por muchos años con honradez.

E.—Así es efectivamente, y muchas veces me he calentado la cabeza procurando indagar en qué consistia ese fenómeno.

G.—¿En qué habia de consistir? en que habia un ahijado que colocar, y era preciso hacer desocupar el campo á un hombre de bien para que cediese el lugar tal vez á un inepto, y algo mas. Y como no habia un pretesto legal, ni en la apariencia, para despojar al empleado antiguo de su destino, se le daba por viejo ó enfermo, contra las constancias físicas de la naturaleza, manifiestas hasta en su semblante. Sin embargo, tenia que retirarse á su casa con su cesantía ó jubilacion, dándose por muerto y sepultado; pues á tanto ha equiva-

lido, casi siempre, ser cesante ó jubilado. Y ¿qué diré de las cotoronas? Todas ellas para disimular su envidia, cuando se la escita alguna muger hermosa, que aun está en la mitad de su carrera, no se espresan de otro modo que del siguiente: “¡Ay niña! No sé como está fulana tan *fresconota*. Pues no, no es tan *muchachita*: cuando yo iba á la amiga ya era muger *casadera*.” Ahí tienes que esas cotoronas, cuando se trata de sus personas se acercan á la cuna; pero cuando se trata de las de sus prójimas, las acercan al sepulcro. Dime ahora, ¿si lo que en el mundo hacen los hombres y las mugeres, no podrán hacerlo unas divinidades, á saber, adelantar un poco el fin que todos hemos de tener?

E.—Ya otras veces te he dicho que es tiempo perdido disputar contigo, porque al cabo te sales con cuanto quieres. Así que, dejando á un lado las cuestiones de nombre sobre vivos y muertos, cuéntame qué juicio criminal fué ese á que asististe, en dónde se tuvo, y quiénes fueron los juzgados.

G.—El juicio fué sobre la conducta de ciertos Gallos, el lugar en una de las lomas de Tacubaya, y por supuesto los juzgados los Gallos de cuya conducta se trataba. Está vd. satisfecho, señor mio.

E.—No, no lo estoy; pues peor está que estaba. ¿Cómo quieres que pueda creer, que Minos y sus compañeros juzgaban y sentenciaban Gallos?

G.—Porque tenian almas racionales. Acuérdate de la sorpresa que te causé cuando me conociste, porque no creías que hubiera gallos con almas racionales: pues así como yo tengo la mia, cada gallo hijo de vecino tiene la suya.

E.—Sea como quisieres; pero ya sabes que soy muy curioso. Cuéntame de pe á pa todo lo que viste; y para que ordenemos bien la materia, comienza por describirme el lugar del juicio.

G.—Una noche en que me estaba previniendo para entonar mi canto acostumbrado, observé en una de las lomas de Tacubaya, cierta luz, que me pareció muy estraña. Dí un vuelo y me acerqué al

lugar en donde se hallaba. Pero cuál sería mi admiración al ver allí levantado un trono de ébano en que estaban sentados *pro tribunali* los jueces Minos, en medio como presidente, Eaco á su derecha, como vocal mas antiguo, y Radamanto á la izquierda como menos antiguo, y que ademas hace veces de fiscal segun los mitológicos. La *Noche* con su manto azul sembrado de estrellas, formaba el pabellon del trono, y debajo del manto volaban innumerables murciélagos y *tecolotes*. Yo luego que ví á la *Noche* me retiré de aquel lugar, y me escondí en un agujero; pues como el gallo era la víctima que sacrificaban los gentiles á la *Noche*, dije acá entre mí: no vaya á suceder que den ganas á su señoría de cenar gallo pitagórico, y me tuerzan el pico. Mas teniendo Minos una vista muy perspicaz, cual debian tenerla todos los jueces, me vió metido en el agujero, y me mandó venir á su presencia, diciéndome que no temiera nada porque estaba bajo la proteccion de las leyes y de los jueces, que queria que fuese testigo de lo que iba á pasar en aquel puesto, y que aun podia necesitar me para alguna cosa. Asegurado con estas palabras consoladoras, comencé á observar de espacio el lugar y los personajes entre quienes me hallaba.

E.—Y bien ¿qué viste?

G.—Un salon iluminado por multitud de lámparas que daban una luz lívida como las sepulcrales: el trono de que he hablado, se elevaba sobre un tablado bien alto: frente de aquel se hallaba una mesa que afectaba la figura de un sepulcro, cubierta de un telliz de terciopelo carmin: encima se veía el tintero y demas menesteres de escribir á manera de pequeñas pirámides monumentales, y en lugar de plumas, buriles de acero bien templado; porque la historia, que es la que hace veces de secretario, escribe con esos instrumentos para instruccion del género humano, las sentencias que dan los mencionados jueces acerca de las buenas ó malas acciones de los mortales, principalmente de aquellos que mas han figurado en la sociedad. A los dos lados del trono, pero abajo del tablado, se hallaban colocadas dos

hileras de sillas tambien de ébano, con sus cogines de cerda; mas quizá con el uso se hallaban muy maltratados, por lo que las cerdas, daban de cuando en cuando unos piquetes, qué hicieran respingar al caballito de bronce de la Universidad.

E.—Y ¿quiénes ocupaban esas sillas?

G.—Las de la derecha, las personas que hacian el papel de acusadoras; y las de la izquierda las que hacian el de defensoras.

E.—¿Quiénes eran las primeras?

G.—Al principio no las conocí; pero despues poniendo cuidado en el traje é insignias de cada una, las distinguí perfectamente. La que ocupaba la silla mas inmediata al trono, era la *Ley*, hermosísima de rostro, coronada con una diadema, con un cetro en una mano, y en la otra un libro en que se veía escrita aquella sentencia, que, si fuera bien observada por los que mandan y los que obedecen, jamas habria pronunciamientos, á saber: IN LEGIBUS SALUS: á sus pies se veía un yugo adornado de flores, como que no hay un yugo mas suave, ni mas necesario que el que imponen las leyes justas.

E.—Así es en efecto; como tambien es cierto que ese yugo está enlazado con abrojos cuando las leyes son como algunas, emanadas de cierta base opuesta al séptimo mandamiento.

G.—Dejémonos de comentarios y vamos siguiendo.

E.—Vamos; pero ya ves, que hay ocasiones que viene una refleccioncita como *pedrada en ojo de boticario*, y seria necesario tener un candado en la boca para no hablar; mucho mas cuando platican personas de confianza como nosotros.

G.—Bien; pero ahorremos las reflecciones lo mas que se pueda; porque de lo contrario no acabaremos en toda la noche.

E.—Ofrezco hacerlo por mi parte: continúa.

G.—Despues de la *Ley*, seguia una hermosa matrona con una espada desnuda en una mano y unas balanzas en la otra, por lo que conocerás que era la *Justicia*. A su lado se veía otra muger igualmente hermosa; pero de un semblante noblemente altivo; tenia la